



ALEGORIA MODERNA

Pagamos UNA PESETA por cada abito, pantalon y corbata que se nos remite y pagamos. A cada uno en comision gratis acompaña en su caso.

CHIRICOTAS

Cupon para nombre y señas

de donde cobrar el abito.

Para cobrar abitales, de cinco a siete de la tarde.—El pago suadica a las tres meses.

4.559.—Entre amigos
—Parece que está usted triste,
amigo mío.

—Vengo del cementerio.
—¿Ha perdido usted alguno de su familia?
—A mi suegra.
—Reciba usted mi pésamo.
—¡Ah, no es su muerte lo que me aflige!

—¿Qué entoncest?
—Los consejos del sacerdote.
—Pues, ¿qué le ha dicho?
—Me ha dicho: «No se apure usted; la encontrará allí arriba».—
Luis Perona.

4.560.—Mire usted, Catalina; lo que yo quiero principalmente en la cocina es mucha limpieza.
—A buena parte va usted, señora. Se encuentra más de cuatro ó cinco platos en la sopa ya estoy que me llevan los demonios.—
Gumerindo Pirelo.

4.561.—Entró una vez un jorobado en cierta tertulia, y uno de los concurrentes exclamó, sin poderlo remediar:

—¡Jesús, que jorobal!
—Usted me insulta—gritó el jorobado—; me dará usted una satisfacción. ¡Salgamos de aquí!
—Pero, señor—respondió el tertuliano—, aunque estuviésemos saliendo y entrando toda la noche, ¿dejaría usted por eso de ser jorobado?—
Angel Homera.

4.562.—Una señora acaba de sufrir un grave accidente en la calle. Los curiosos la rodean; un guardia municipal llega y se dispone a prestarle sus auxilios, tratando de conducirla a una farmacia próxima. Busca con la vista quien le ayude en su empresa, y se fija en un caballero que fuma tranquilamente, con las manos en los bolsillos.

—Caballero—le dice—, haría usted el favor de prestarme su concurso?

—Es inútil; á esa señora le deben quedar pocos momentos de vida.

—Sin embargo, yo necesito aprovecharlos para auxiliarla é identificar su persona.

—¡Nada más que eso! Es muy fácil; es doña Juana de R.

—¿Qué, ¿la conoce usted? ¿Dónde vive?

—¡Mucho! Su habitación está en la calle de Tudescos.

—¿Es amiga de usted?

—El caballero, encendiendo con

calma su cigarro, no se habla apurado:

—Es mi suegra.—
Felipe Molina.

4.563.—Escapóse un toro de una capea que se estaba celebrando en un pueblo, y empezó á recorrer las calles. En seguida se presentó un mozo, todo asustado, en el Ayuntamiento:

—Señor alcalde, señor alcalde!
—¿Qué hay, hombre?

—Se ha escapado un toro, y todos los vecinos están muy asustados. No encontramos los cabestros por ninguna parte.

—Anda, vo y díles que se calmen, que si los cabestros no parecen, aquí estamos mi secretario y yo.—
Emilio Mondelo.

4.564.—La ley de las compensaciones.

—Los que han perdido un sentido—decía uno—, tienen otro más exquisito. Los ciegos, por ejemplo, tienen el tacto y el oído más fino que nosotros. Esa es la ley de las compensaciones.

A lo que contestó Gedeón:
—Estoy conforme con esa teoría, que nunca falla. Cuando uno tiene una pierna más corta, la otra siempre es más larga.—
Mauricio Hidalgo.

4.565.—Un campesino aragonés entró á ver una colección de pulgas sabias, y se colocó junto á la mesa donde éstas hacían sus ejercicios. Una de ellas permanecía al lado de sus compañeras sin tomar parte en los trabajos. Observólo el baturro, y preguntó al domador:

—¿Por qué se está ese insecto tan quietecito?

—Esta pulga—dice el domador— está enferma de tanto trabajar.

—¡Ay, pobrecita!—repuso, enternecido, el aragonés.

Y de pronto la aplasta con la uña, añadiendo:

—Pa que no pene!—
Sisto Peránider.

4.566.—Una madre trata de explicar á su hijo la diferencia que existe entre el acedo agudo y el aceto grave.

—Pues en ese caso, cuando el abuelito se queja del reumatismo agudo, no debe de ser grave.—
Un chirigotero.

4.567.—Un borracho se cae desde un tercer piso á la calle.

Afortunadamente, aunque aturdido y algo magullado por el golpe, no tiene herida ninguna. Varias personas caritativas se apresuran á levantarle y le prodigan sus auxilios. Una de ellas le da un vaso de agua.

—¡Agua!—exclama el borracho lleno de ira—. ¿De qué piso es necesario caerse aquí para que le den á uno un vaso de vino?—
Francisco Ramos.

4.568.—Un óptico enseña á un caballero unos enormes gemelos de teatro, poniéndolos por las nubes.

Se le caen los gemelos, y el caballero levanta el pie y da un grito.

—Me ha hecho usted ver las estrellas!
—Eso le probará á usted, caballero, la bondad de los cristales—replica el óptico, sobriundo de satisfacción.—
Robespierre.

4.569.—Un individuo les á su mujer el discurso que ha preparado para pronunciarlo en una Academia.

De pronto se interrumpe, y dice á su esposa:

—¡Pero si no me escuchas!

—No es verdad, porque estoy muy atenta.

—Como veo que bostezas...

—Pues eso prueba que te escuchas.—
Emilio Palenque.

4.570.—Un conferenciante se presenta en casa de Lehaudy, el pretendiente emperador africano.

—¿Qué desea usted?—le pregunta éste.

—Que me lleve usted en su próxima expedición.

—¿Qué títulos tiene usted para hacer esa solicitud?

—Que estoy acostumbrado á predicar en desierto.—
Julio Sans.

4.571.—Un criado entra en una tienda de ultramarinos y pide un paquete de té.

—¿Verde ó negro?

—Lo mismo da; es para una señora elegante.—
Erutos Sans.

4.572.—Un maestro de escuela dice en tono despreciativo á uno de sus discípulos:

—Está usted más gordo que instruido.

Y el muchacho le contesta:

—Lo creo, porque quien me da de comer es mi padre y quien me instruye es usted.—
Manuel de la Hoz.



Oficinas: Silva, 41, 43 y 45. w Apartado postal núm. 359.

Precio de suscripción: 1,25 pesetas trimestre (13 números); 5 ptas. año (52 números).

Extranjero, 8 francos año.

Anuncios: Pídanse tarifas.

No se devuelven los originales.

AÑO IV

MADRID.—Sábado 7 de Diciembre de 1907.

NUM. 157

LAMENTÁNDOSE



—SEÑOR, LOS NEGOCIOS VAN MUY MAL! ESTE AÑO NO MATARÉ TOCINO; SÓLO HARÉ UNOS CUANTOS EMBUTIDOS.



—Pero, doctor, ¡¡tres raíces!!
—Sí, amigo, casi una ecuación de último grado.



—Caballero, haga usted el favor de detenerse un momento, que le voy a pedir un favor.
—¡Por Dios, hable sólo con la izquierda y retire la derecha, que se le puede disparar!



—Pero, Martínez, ¿quién es ese chico que venía con usted, que se ha asustado al verme?
—Pues es el chico de mi sastre, que quiere cobrarme un traje que me hice, y se ha separado cuando le he dicho que cogen á los niños que piden y que era usted policía.



—Niño, ¿qué haces?
—Pescando.
—¿Y tu padre?
—Ya ha cogido una merluza y se ha ido á casa.



—Qué, D. Jorge, ¿ha renunciado usted ya á las copitas?
—Sí, hombre; ahora bebo en vaso.



—Caballero, por lo que más quiera usted, deme una limosna, que hace siete años que no trabajo, y hoy no he tomado nada!
—Y ¿cómo ha estado usted tanto tiempo sin trabajar?
—Porque he estado en la cárcel.

LA DESESPERACIÓN DE ESPRONCEDA



—¡Qué suerte más negra la mía!! ¡Esto es terrible! ¡Espantoso!



—Pero, hombre, ¿se puede saber qué le sucede para estar tan afligido?
—¡Un duro, un duro que acabo de perder!



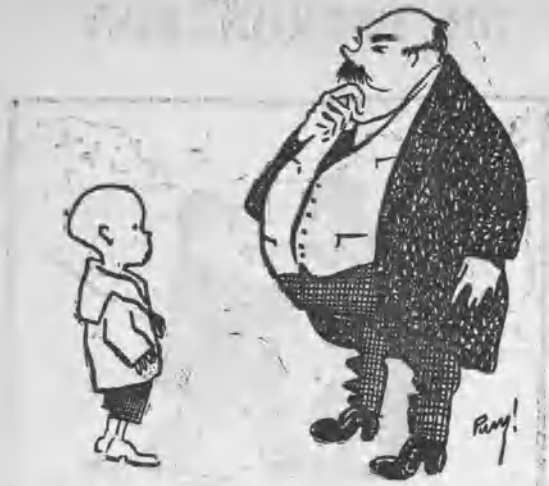
—Pues no hay que apurarse tan pronto; haga usted lo que yo.



—Pues no se ve...



—Y ¿dice usted que lo ha perdido ahora?
—Sí, señor; ahora mismo, en la taberna de la esquina, jugando al mus.



—Di, papá, ¿por qué se dice agitación electoral?
 —Porque los electores son como ciertos medicamentos: es preciso agitarlos antes de usarlos.



Excéntrico musical que hace reír un porción, el que le ve, por un real padece una indigestión.



—De manera que la última del Papa declara nulo el matrimonio por sorpresa?
 —Sí; por eso ahora soy viuda doscientas veces.



—Pero, ¿qué es de tu vida, Gutiérrez?
 —Pues nada, chico, estudiando mucho de día para las oposiciones de policía, y por la noche parado en las esquinas viendo robar relojes.



—La verdad es que el día que entro de servicio y con uniforme, me va resultando incómodo; me está pareciendo más bonito cuando servimos de paisano, porque no hay cuidado que nos molesten.



fiotes con respecto á su situación antes de su llegada á mi isla. — Doy á conocer á toda la colonia el objeto de mi viaje, y distribuyo á cada uno los efectos y utensilios que habia traído en mi buque.....

CAPÍTULO V

Will Atkins trata de dar á conocer á su mujer la verdadera religion; el sacerdote francés la bautiza y la casa con Atkins. — Distribución de mi isla entre los colonos. Tengo fundadas esperanzas de convertir á los treinta y siete indios. — Casamiento de la joven criada recogida en el mar á bordo de nuestro buque; relación que ésta nos hace de los disgustos que tuvo que pasar. — Salimos de mi isla y nos hacemos á la vela con dirección al Brasil.....

CAPÍTULO VI

Mi salida de la isla. — Nos hacemos á la vela para el Brasil. — Encuentro de una flota de canoas tripuladas por salvajes. — Estos intentan apoderarse de nuestro buque. — Domingo muere herido de una flecha. — Nuestra llegada al Brasil. — Nuestra llegada á Madagascar. — Perdimos cinco hombres en las costas del golfo Pérsico. Los marineros amenazan al capitán con desembarcar todos si yo permanezco á bordo. — Me dejan en la playa.....

CAPÍTULO VII

Viaje favorable hecho en compañía de un comerciante inglés. — Una vía de agua nos obliga á fondear. — Peligros que corremos. — Nos apresuramos á hacernos á la vela. Nuestra situación llega á ser sumamente penosa. — Llegada á la China. — Carácter de sus habitantes. — Vamos á Pekin, y allí encontramos una ocasión para volver á Europa. — Partida de nuestra caravana.

CAPÍTULO VIII

Nuestra caravana se pone en marcha. — Los tártaros nos atacan, y los dispersamos; valor y sangre fría de un comerciante escocés. — El antiguo piloto me salva la vida. — Nuevo ataque de los tártaros. — Continuación de nuestro viaje. — Quemamos un ídolo, con grande exposición nuestra. — Atravesamos la Moscovia. — Nuestra llegada á Archangel. — Nos embarcamos y llegamos á Inglaterra sanos y salvos.....

vela de dicho punto, esto es, de Archangel, el 20 de Agosto del mismo año. Después de un viaje que no fué muy penoso, entramos en el Elba el 18 de Septiembre. Mi asociado y yo llamamos en Hamburgo una

buena colocación á nuestras mercaderías de la China, así como también á nuestras martas y demás pieles de Siberia. Partimos las utilidades; tuve, por mi parte, 3,475 libras esterlinas, 17 cheelines, 3 peniques, comprando en ellas 600 libras, en cuya suma evalué los diamantes que habíá comprado en Bengala.

Finalmente, para concluir, después de haber pasado cerca de cuatro meses en Hamburgo, me encaminé desde dicho punto, por tierra, al Haya, en donde me embarqué en un paquetebot, llegando á Londres el día 10 de Enero de 1705, diez años y nueve meses después de mi partida de Inglaterra.

En la actualidad, que he atravesado las vicisitudes de una vida de sesenta y dos años; que he aprendido á conocer el precio del reposo, debo pensar en prepararme para un viaje, el más largo que todos los demás que acabo de describir y el último.



I N D I C E

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA PARTE SEGUNDA

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO

Reflexiones.—Disposiciones inciertas de mi ánimo.—
Conversación con mi mujer.—Compro una hacienda
en el condado de Belford.—Enviado, y me decido,
luego de haber arreglado mis negocios, á embarcarme
para volver á ver mi isla.—Descripción del carga-
mento.—Salvo la tripulación de un buque incendiado.
Navegamos hacia las Indias Occidentales.—Encuen-
tro con un buque de Bristol; situación precaria de su
tripulación.—Descubro mi isla; alegría de Domingo. . .

3

CAPÍTULO II

Acontecimientos en la isla durante mi ausencia.—Tres
de los ingleses se portan de una manera insolente con
los españoles y con sus mismos compatriotas.—Los
españoles los desarman y los someten.—Los salvajes
desembarcan en gran número sobre dos parajes de la
isla.—Se encuentran casualmente que son dos nacio-
nes enemigas.—Sangriento combate.—Muchos de los
vencidos son socorridos por los españoles.—Nuevas
quejas entre los ingleses amotinados y los españoles.
Los ingleses, se embarcan para el continente y vuel-
ven después de una ausencia de veintidós dias. . . .

34

CAPÍTULO III

Los ingleses hacen la relación de su excursión.—Mues-
tran á los colonos las mujeres salvajes y los priso-
neros que les han dado.—Se reparan las mujeres.—
Los salvajes acaban por descubrir que la isla estaba
habitada.—Hacen un desembarco y son enteramente
deshechos.—Intentan una segunda invasión y de nue-
vo son derrotados.—Son hechos prisioneros treinta y
siete salvajes y empleados en los trabajos del cultivo.

72

CAPÍTULO IV

Industria de los colonos ingleses.—Hablo con los espa-

Concurso de chistes de embusteros

Premios: 1.º, **CIEN** pesetas; 2.º, **CINCUENTA** pesetas; 3.º, **VEINTICINCO** pesetas. Infinidad de **CINCO** pesetas. (El día 10 del pasado mes ha quedado cerrado este concurso.)

182.—Hablando de los efectos que á veces producen las sorpresas, exclamó un andaluz:

—Lo que yo he visto cuando estuve en Cuba es asombroso. Me encontraba una noche tomando café con un negro de los más ricos de allí, cuando, en lo mejor de la conversación, entró un criado y le entregó una carta. Nunca pude saber qué diría; pero lo que sí sé es que lo mismo fué empezar á leerla comenzó á cambiar de color. Cuando terminó la lectura tenía la cara más blanca que la nieve.

Una risa general acogió las últimas palabras del andaluz. Comprendiendo había exagerado, añadió:

—Qué, ¿no lo creen ustedes? Pues no sólo se puso blanco, sino que hasta los labios y las narices se le pusieron de persona. Y es más aun: ya nunca volvió á ponerse como estaba antes.

—Hombre—le dicen—, ¿por qué no hace usted circular esa noticia? Entonces vería usted cómo todos los negros hacían por sufrir sorpresas terribles.

—*Angel Palanques.*

183.—Mentira.

Cierto cojo corría
detrás de un galgo,
hasta que Bruno el ciego
le echó la mano.

Al verlo un mudo,
gritó con mucha gracia:
—¡Bien por don Bruno!

Emilio Alzamora.

184.—Entre andaluces.

—Yo he visto un jorobado que se pisaba la nariz cuando iba andando.

—Yo he visto otro que tuvieron que cortársela, porque se la clavaba en la joroba.—*J. Chaparro.*

185.—Tres pintores hablan de sus obras más notables.

—Yo—dice uno—he pintado la luna tan al natural, que crece y mengua al par de la del cielo.

—Pues yo—replica otro—pinté una gata tan á lo vivo, que á los pocos días parió cuatro gatitos.

—Mi obra más notable—dice á su vez el tercero—es el retrato que hice de mi suegra después de muerta. Me salió tan parecido, que diariamente me arma en casa una pelotera.—*Jaime Sánchez y Sánchez.*

186.—Entre viajeros.

—Mira, una vez hacía tanto frío en un pueblo que estaba yo, que me tenía que lavar las manos con guantes.

—Pues eso mismo me pasó á mí yendo embarcado: hacía tanto frío, que me tenía que lavar los pies con tres pares de calcetines y con zapatillas rusas.—*Eugenio Olano.*

187.—Andaluzada.

—¿No ve osté esa casa?

—¿Zi, zeñó.

—Pos la parte de arriba la jizo mi agüelo, que murió hace doscientos años, y los cimientos y toda la parte de abajo lo he jacho yo.

—Y ¡cómo sossenían la parte de arriba mientras jachían la de abajo?

—Con unos hilos que estaban atados á las nubes.

—*P. V. R.*

188.—Estaban disputando dos andaluces sobre cuál era el que entendía más de toros, cuando de repente uno le dijo al otro:

—En fin, y para que te convenzas que de eso sé más que tú, te diré que en lo primero que empecé yo á leer de corrido fué en *El Tío Jindama*.—*J. R.*

189.—En el café.

Dos andaluces apostaron 500 pesetas al que mayor mentira dijese, y en aquel momento penetraba en el café un aragonés amigo de ellos, cuyo aragonés también entró en el concurso.

Una vez nombrado el respectivo Jurado, tocóles en primero y segundo lugar á los andaluces y al maño el último. He aquí las respectivas mentiras:

1.º Caminando por la Puerta del Sol, de Madrid, tropecé en el asfaltado en un papel de fumar, y me disloqué el oído.

2.º Pues yo, al torear con el *Capapollós*, en Sevilla, y tirarme á matar mi primer toro, me lanzó al espacio, y presencié desde la vía láctea la corrida del debut de *Cácharas*.

3.º Pues todo lo dicho por vosotros lo leí en el Polo Norte tomándome un mantecado, y de resultados de la discusión que tuve con un oso negro sobre si serían ó no verdad vuestros acontecimientos, me dió tal empujón, que, sin saber cómo, me encuentro aquí con vosotros, pues acabo de llegar.

La apuesta la ganó el maño por unanimidad.—*Jesús Diago.*

190.—Un cirujano decía:

—La piel humana es tan gruesa, que si fuera posible quitar la de los pies, ningún quinto daría la talla.

—¿Es más gruesa que esa bola?—le preguntó un andaluz.

—Mucho más.

—Pues, compadre, si le arrancaran á usted la de los pies y la cabeza, quedaría reducido á una pulgada y se le taparía con el zapato de un aguador.—*Nicolás Morán.*

191.—Entre andaluces.

—En mi tierra hay un ciego que juega á las chapas divinamente, y las conoce nada más que tocándolas con la yema del pulgar.

—Eso no vale nada. En mi tierra hay otro que pasa la mano por el lomo de un burro cualquiera, y en seguida dice: «Este es blanco; éste es tordo; éste es negro».

—¿Y acierta siempre?

—Ni una vez siquiera, porque no los ve nunca.—*Miguel Fernández.*

192.—Yo quedé admirado—decía un gallego á un andaluz—cuando fui á los Estados Unidos y vi que las casas tenían más de cincuenta pisos.

—Comparito, ¿osté ha estao en Sevilla?

—No, señor; no la conozco.

—Pues esto que le voy á contar es tan verdá como que ahora es de día. Mire usted, yo me casé en Madrid, y decidí pasar la luna de miel en Sevilla para que mi mujer viera aquella tierra. Allegamos, y lo primerito que me dió es que quiere ver la Girarda, y tanto empeño tenía, que una tarde salimos de paseo y la llevé á que la viera. Pues bien, cuando bajó llevábase de la mano á mi hijo Rafael, con el título de bachiller en el bolsillo. ¡Ya ve usted si será arta!—*Alonso de Pimentel.*

193.—Yo conozco á un pintor que pinta muy bien al natural—decía un gran embustero—. El otro día, estando haciendo el retrato de un pariente suyo, lo pintó tan natural, que se le posó una mosca en la nariz y soltó un gran estornudo.

—¿El pintor?

—No; el retrato.

—Pues eso no es ná; conozco yo á otro que lo hace más natural todavía. Hace poco tiempo pintó á un hombre con un cigarro en la boca y un cenicero al lado, y todos los días tiene que pintarle el cigarro y ya tiene lleno el cenicero de colillas.—*Angel Pueyo.*

194.—Entre andaluces.

—¿No sabe usted lo que pasó er día que se murió mi pobresito suegro?

—¿Qué pasó?

—Pues como er pobre estaba tan desarrollao, se reunieron toos los carpinteros y no pudieron juntá bastante madera para haserle la caja, y tuvieron necesidad de utilizar toas las puertas y ventanas de las casas para poderla hacer.

—Pues, amigo—contestó otro andaluz—, con mi probocita suegra pasó er caso contrario: er día que se murió la enterraron en un dedá, y todavía tuvieron que llená los huecos de argodón para que no se cayera.—*Uno de caga.*

195.—Entre andaluces.

—Compare, ¿usted conoce á D. Canuto Alcuza Vacía?

—No, zeñó.

—Pos le contaré yo su historia. Ese hombre, nació el siglo XVI y se casó con una mujer que nació antes de la creación del mundo.

—Oiga usted, ¿y la madre de la mujer de eze hombre?

—Pues su madre—replicó el otro—murió veinte años antes de dar á luz á su hija.

—Y ¿cuántos años tienen eze hombre y eza mujer?

—Pues él tiene veintitrés años y ella dieciocho.—*Angel Martín.*

196.—Tengo un hermano tan pequeño, que cuando vamos á la huerta tiene que llevar la escudera para coger los pepinos, y cuando se le cae alguno tiene que empinarse para poderle coger del suelo. Pero es muy raro, y le ha dado por las cosas extraordinarias; así, ha comprado una guitarra tan grande, que cuando quiere tocarla tiene que subirse en la torre de Santa Cruz para apretar las clavijas.

—Estará á bien con el sacristán para que le deje subir?

—No le hace falta, porque tiene un gorrión domesticado que le coge con el pico por la cintura y sube volando con él.—*Felipe Hernández Bueno.*

197.—Eso no es nada—decía un soldado á varios otros que mataban el tiempo contando sucesos de

la guerra—. En el ataque de Pantierno un mambís me tiró un machetazo, que si no hajo la cabeza me divide por la mitad; pero debió tocar al caballo, porque ésto salió disparado como una bala, y no paró de correr hasta que llegamos á un arroyo que distaba diez ó doce kilómetros del lugar de la acción, y allí se puso á beber. El caballo bebía y bebía, e n que, al parecer, se le calmase la sed, y cuando va llevábamos más de una hora en aquella disposición, se me ocurre mirar hacia atrás, y cuál no sería mi sorpresa al observar que iba montado en el medio caballo delantero, pues el machetazo del mambís lo había partido por medio, y, es claro, el agua, conforme la iba bebiendo, se le salía por detrás, sin que le pudiese calmar la sed.—*Francisco García.*

198.—Hablando una vez dos andaluces sobre lo que pesaba cada cual (uno de ellos muy gordo y el otro hecho un fideo), dijo el más grueso:

—Pues yo me pesé anteayer, y peso 86 kilos.

Y le contesta el delgado:

—Compare, pues yo peso más que usted, que peso 142 kilos.

—Camará, y ¡qué embustel!—contestó el otro.

—Pero, comparillo, déjeme uzte hablá, que aun no le je dicho á uzte cómo pesaba esos 142 kilos. Yo soy herrero; me retrataron un día trabajando sobre er yunque con un hierro muy gordo... y, compare, pesamos er retrato y pesaba ná menos que 142 kilos.—*J. Abeila.*

199.—Entre novios andaluces.

Ella.—Yo, pensando en el día que nos casemos, me he hecho muy ahorradora. En lo que va de mes me he economizado en hilo, por no hilvanar las chaquetas que coso en el taller...

El.—¿Cuánto?

Ella.—Poco: ochenta y siete duros.

El.—Pero, chica, ¿por esa miseria te atreves á abrir la boca, para que se te vean los dientes que te dejó tu abuela de herencia? ¿Qué te parece que me ahorré en tinta en la última carta que te escribí cuando estuviste veraneando en Gatica? Pues, ná, dozisiete mil reales, sin dexagerar.

Ella.—¿Qué bueno eres, Rafaelito!

El.—Supongo que te fijarías que no tenían puntos las tes.

Ella.—Sí. Y ¿dónde tiés ese dinerot?

El.—Pues, por no estar aburrido, jugué á la baxa á céntimo el juego.

Ella.—Y...

El.—Que en un minuto lo parné.—*Pedro de Mendia.*

200.—Andaluzada.

Decía un sevillano á un malagueño:

—Yo he visto dar una corria de tros en un casco de una cebolla.

Y dice el malagueño:

—Pues eso no es nada para lo que yo he visto. En mi tierra hay un melón en el cual están trabajando veinte años y todavía no le han encontrado la raíz.—*Juan Herrero Rubio.*

201.—Estando dos amigos contemplando el mar en el muelle de Cádiz, uno de ellos dijo:

—Vaya una vista que tengo! En este mismo momento estoy viendo celebrar unas regatas en el puerto de la Habana. ¿No ves tu los balandros?

—Tanto como verlos, no—exclamó el otro—; pero algo los golpea que dan los remos al caer al agua.—*Arturo Navarra.*



—Pero, ¿ha tomado usted medicinas?
 —Sí, señor, y nada.
 —¿Ha visto usted á otros médicos?
 —También, y nada.
 —¿Y se ha bañado usted?
 —Sí, señor, y también nada.



—¿De dónde vienes de esas jechuras?
 —De *toréa* en Málaga. Y tú, ¿dónde vas con esos zancos y esa marquesina?
 —A *toréa* á Barcelona.

ENTRE BASTIDORES



—Señorito, es usted un castizo.
 —¿Por qué, *ninchi*?
 —Porque *casta* usted en vino un porción.



—Maestro, en mi obra se esmera usted muy poco; las mutaciones son muy lentas.
 —Como que es una obra muy *pe-ada*.



Profesor. —El calor dilata los cuerpos y los aumenta; el frío los contrae y los disminuye.
Discipulo. —Por eso son los días largos en verano y cortos en invierno.





—¡Después de todo hemos tenido suerte que no tenía nada dentro!



—¿Dónde vas tan borracho?
—Pues, verás, que como me he bebido toda la botella de ron, iba á la taberna á llenarla para que no lo conozcas.



—Le dejo esa medicina para que la tome después del desayuno.

—Diga usted, ¿no me podría usted dejar el desayuno para que lo tomara antes de la medicina?



—¿No la he dicho que las quería de color de carne?

—Yo creo que lo son.

—¡Pero si no eran para usted!

POR LOS CERROS DE ÚBEDA



—Camarero, ¿hay patatas fritas?
 —No, señor, se han terminado; pero si usted quiere le puedo dar unas pocas guisadas que me quedaron anoche de la cena.



—Carlitos, tu profesor me ha llamado la atención porque no estudias.
 —Y á mí también, papá, desde que le conozco me ha llamado la atención lo delgado que está.



Ilusión desvanecida.



—¿Qué hacemos?... ¿No dormimos aún?
 —No puedo; me da miedo que vengan ladrones.



—¿Qué quiere, entrada general?
—Sí, señor; pero deme la mitad.



—Perdóneme el señor, pero hace tres meses que no me ha dado ninguna propina.
—Por mí quedas perdonado.



—Abuelito, ¿por qué dirá mamá que he de llegar á ser un gran hombre?
—¡Canastos! Porque de fijo muchos ministros de pequeños no tenían caras tan expresivas como la tuya.



—¡Luego dicen que los de caballería no llevamos aire marcial! ¡Rediez, si esto ya no es aire, será un huracán!

CONCURSO DE DICIEMBRE (1.ª SERIE)

(SE ADMITEN SOLUCIONES HASTA EL ÚLTIMO DÍA DEL MES)

CHARADA

Es mi mujer prima y tercia
para comer y pensar,
y lo es también en visita,
y en los bailes es igual,
é idéntica en el paseo,
y lo mismo es en el dar,
y lo es también de estatura.
¡Coincidencia singular!
De primera y segunda
tenemos todos igual.

y tan sólo dos tenemos,
porque Dios no nos dió más.
Segunda y tercera pongo
para por mi casa andar,
y cuando lo tengo creo
que me van á ajusticiar.
Mi todo tan común es
que no lo puede ser más,
y es mi todo muy diverso,
á gusto de cada cual;
ora es ancha, ora es estrecha,
negra es por lo general.

MONOS

Semanario humorístico ilustrado.

Próximamente se pondrá
á la venta el verdadero

ALMANAQUE DE MONOS

== PARA 1908 ==

Si grande fué el éxito alcanzado por el de 1906, cuya tirada, apenas puesta á la venta, se agotó, y fué preciso hacer dos ediciones más, y por el de 1907, del que no ha quedado ni un ejemplar, seguramente el del año próximo ha de ser otro éxito editorial, puesto que seguramente llamará la atención de nuestros lectores aun mucho más.

El Almanaque de MONOS para 1908

publica trabajos inéditos, hechos expresamente para él, de

BONNAT, A. R.—BURGOS, Carmen de (*Colombine*).—CANO, Leopoldo.
CASERO, Antonio.—CANDELA, L. y A.—CANTÓ, Gonzalo.—DELGADO, Sinesio.
DOZ DE LA ROSA, José.—FACALTO, Luis.—FRANCÉS, José.—FLORES GARCIA, Francisco.
GUARDIA, Angel de la.—LINARES RIVAS, Manuel.
MIRANDA, Carlos (*Un Reporter*).—MESTRE MARTINEZ, Ramiro.
OLONA DI FRANCO, Carlos.—PALACIOS, Miguel de.—PEREZ ZÚÑIGA, Juan.
PEREZ CAPO, Felipe.—PORSET, Fernando.—PERRIN, Guillermo.—SABAU, José.
SALAZAR, Fernando.—SORIANO, Manuel.
SOLIS, José María.—TAPIA, Luis de.—UGARTE, Manuel.—XX., etc., etc.

Ilústranlo profusamente dibujos de

ALMOGUERA.—ARVERAS.—BENIGNO.—BLAS.
KARIKATO.—MARQUEZ.—MENDEZ ALVAREZ.—MICO.—PLAZA.—RAMIREZ.
ROBERT.—TUR.—VILLAR.

Además, publica cuentos, epigramas, chirigotas, cantares.

100 páginas de texto.  Elegantes cubiertas en oro.

Precio en toda España: 50 CÉNTIMOS

A nuestros suscriptores de provincias, se les remitirán francos de porte.

AVISO.—Rogamos á cuantos deseen adquirir nuestro ALMANAQUE, lo hagan á la mayor brevedad, pues quizá á los pocos días de ponerse á la venta no quede ni un solo ejemplar.

Pídase en todos los puestos de periódicos, cafés, kioscos, teatros y librerías
ó directamente á esta Administración.

CALORÍFEROS PARA PETRÓLEO

Calientapies de todas clases, artículos para **chimeneas, lavabos, copas y braseros, molinos** para cafés, para usos domésticos y para establecimientos. **Máquinas para planchar, cocinillas** para viaje, artículos de aluminio para cocina, **baños-duchas** y otra infinidad de artículos.

A. Canosa. Gato, 3, y C. uz, 31.



DENTY-CURA

Remedio infalible contra el dolor de muelas.
Precio del paquete, 15 céntimos.

Fuencarral, 146, y droguerías.

NUEVA COLECCION DE COLMOS

POR ¡VAYA CARDO!

Consta de cuatro cuadernos, al precio de 10 céntimos uno.

Pídase en todas partes ó en nuestras oficinas.

ALMANAQUE ALEGRE

El más bonito y barato de cuantos se publican.

68 páginas. 60 grabados. Portada á todo color.

30 CÉNTIMOS

Á LOS TÍSICOS

¿Los medicamentos tomados hasta ahora no os han hecho ningún efecto?

¿La tos, los sudores, la fiebre, el asma, el cansancio os atormenta mucho? ¿Os falta el apetito y no digerís ó digerís mal? En una palabra, ¿habéis perdido la esperanza de curaros? No os desesperéis. El procedimiento curativo nuevo, racional y científico del DOCTOR LUIS BENCIVENNI os mejorará en seguida, y después en poco tiempo os curará por completo.

CONSULTAS GRATIS por cartas y minuciosos detalles concernientes á su curación á cuantos envíen el sello para la contestación, haciendo historia escrupulosa de la enfermedad al DOCTOR BENCIVENNI, especialista en las enfermedades del pecho.

Barcelona, DIPUTACION, 319.

NO VENDER

oro y alhajas sin ver lo que pagan en la calle de Tetuán, núm. 16, esquina á la del Carmen.—TALLER DE JOYERÍA

TÓNICO MARAVILLOSO

de Mme. Pimentel

PARA EL

CABELLO

Garantizamos que hace crecer el cabello suave y lustroso.

Este tónico es conocido como el mejor en el mundo.

Dirigir todo pedido á los únicos agentes

Williams Bridor

Novelty Company

Williams Bridge, New-York N. Y., U. S. A.

GABANES HECHOS PARA CABALLEROS

ricos géneros y forros, hechura superior, desde 30 y 35 ptas. Pellizas y pasamontañas, desde 20 y 25 pesetas. Trajes de americana en una y dos filas, gran moda, desde 20 á 30 ptas. Pantalones, á 8 y 10 ptas. Ingleses, á 18 ptas. Chalecos fantasía con una fila y cruzados, á 12 y 13 ptas. **LOS ÚLTIMOS FIGURINES.** Almacén de ropas hechas y sastrerías á medida para niños y niñas, jóvenes y caballeros. Grandes surtidos.

Fuencarral, 6, tienda.—Fuencarral, 6, entrepuelo.

MEDALLA DE PLATA

en la Exposición Internacional de Higiene ha obtenido el libro del Dr. Bercero *Tratamiento de las hernias y consejos á los que las padecen.* Los que le leen y siguen sus consejos siempre alivian y muchas veces curan. Se vende en las librerías, y el autor lo remite certificado contra 8 pesetas, dirigiéndose á su Clínica,

Fuencarral, 26, Madrid. Consulta, de 3 á 7.

ALFOMBRAS, TAPICES Y ESTERAS

UNICA CASA EN ESPAÑA QUE TIENE LA ALFOMBRA CIRCASIANA, EL CASTOR JAPONÉS Y EL LEGÍTIMO TERCIOPELO RUSO

19 y 21, Fuencarral, 19 y 21.

Corresponsal exclusivo de MONOS en

VALENCIA

VICENTE PASTOR, Victoria, 11. Cupones de regalo á los compradores.

Encargado de la venta en Madrid, J. Lerín, Abada, 22.—(Grab. de la casa H. Ramvillk.

Director-propietario MANUEL C. GARRANZA
1. Calleja, impresor.—Mendizábal, 6.

Prohibida la reproducción de dibujos y originales literarios